

EUG. — Por cierto que habeis dicho la verdad pura.

§ VIII.

De los errores que nacen de la mala inteligencia de los libros.

TEOD. — Pues siendo así, voy continuando. ¿Qué importa, Eugenio mio, que los libros esten correctos, y que sean verdaderamente de los escritores á quienes se atribuyen, si nosotros no los entendemos bien, ni penetramos todo su sentido? Ved aquí, pues, la puerta grande que yo decia de muchos errores, y para eso da la crítica sus leyes, y hay un arte especial que llaman *Hermenéutica*.

SILV. — A veces sobre lugares al parecer bastante claros hay infinitas dudas, y de unas mismas palabras saca cada uno sentidos muy diversos.

TEOD. — Varias reglas dan los críticos, que yo apuntaré de paso, porque Eugenio por ahora se contenta con una noticia mas ligera y breve. Al presente os daré luz que os alumbré, pero que no os ciegue ni deslumbré, porque siendo la primera luz en esta materia no debe ser fuerte. Cuando os fuere preciso podreis estudiar mas á fondo cualquiera de estas materias que aquí se tocan de paso.

EUG. — Enseñadme como lo juzgáreis mas á propósito.

TEOD. — La primera regla es: *El que quiera entender bien á cualquier escritor debe leerle en la lengua en que él escribió, y entenderla bien* (proposicion cincuenta y una).

SILV. — ¿Pues no basta leer las traducciones siendo buenas?

TEOD. — ¿Y qué tan facil es hallar una traduccion buena y perfecta? En este particular no digo todo lo que siento por no escandalizaros los oidos: si vosotros os pusiereis á traducir algun libro, conoceréis prácticamente la suma dificultad que tiene una traduccion perfecta. No siempre hay palabras que perfectamente correspondan á otras palabras; ademas de eso los idiotismos y modos de hablar de cada lengua son diversísimos; las frases, la energía, los adagios, los énfasis son incapaces de traducirse perfectamente. Ved aquí de donde dimana gran parte de la dificultad que hay en entender la sagrada Escritura cuando no sabemos el griego y el hebreo; y por eso en las buenas traducciones que tenemos encontramos lugares que nos son oscurísimos, á los cuales no sabemos dar sentido que nos satisfaga. Lo mismo sucede en todas las demas obras. Huid, pues, de traducciones quanto pudiereis, porque es dificultosísimo hallar fielmente el mismo pensamiento del autor trasladado con la misma gracia con que él lo espresó. Yo he visto traducciones indignas, las cuales á un mismo tiempo hacen grave injuria á los autores; y son el descrédito de los traductores. En los libros de matemáticas, filosofía y otras ciencias no es tan difícil la traduccion; pero en las obras de oratoria y poesía,

donde no está el punto solamente en lo que se dice, sino en el modo con que se dice, tiene mucha mas dificultad, y si se hace perfecta tiene en mi opinion mucho mas mérito que la obra del propio autor.

EUG. — A veces aun los que somos de la misma nacion ignoramos el verdadero sentido de algunas frases de otra provincia diversa de aquella en que nos hemos criado: basta hacer cualquier pequeña salida fuera de la provincia para hallar términos nuevos que no entendemos si no nos los espican.

TEOD. — Decís bien: id ahora á entender perfectamente el libro de un autor no solo de diversa provincia, sino de reino y lengua estraña, fiándoos de traducciones hechas sabe Dios como. Esta es la causa de que sea tan difícil la perfecta inteligencia de los libros sagrados, porque fueron escritos en hebreo y griego.

SILV. — ¿Pues de qué medio nos hemos de valer, si no sabemos esas lenguas, si no tenemos tiempo ni comodidad para aprenderlas?

TEOD. — El que tuviere edad á propósito, y hubiere de seguir la carrera de las letras, no tiene disculpa para no aprender á lo menos el griego, ya que logramos la dicha de tener un príncipe que nos facilita esos estudios. Pero suponiendo que la edad y ocupaciones no lo permitan, debemos siempre acudir para la verdadera inteligencia á aquellos de quienes nos consta que saben bien la lengua en que el autor escribió, y no contentarnos con cualquier interpretacion, sea de quien fuere.

SILV. — Eso de ese modo ya es mas facil.

TEOD. — A esta primera regla hacen algunos un prudente aditamento, siguiendo á Ciceron ⁴, y dicen que da mucha luz, y á veces es preciso para la perfecta inteligencia de algunos pasages el saber la vida, genio y costumbres del autor y las de su nacion. La razon es manifesta, porque del genio y costumbres del autor se puede inferir bien el sentido en que habló. A unas mismas palabras da diferente sentido un varon santo, todo inflamado en el amor de Dios, que un hombre perdido entregado á los vicios. Diverso fondo se debe sospechar en un hombre astuto que en uno sencillo: otro sentido da un profesor de ciencia que un ignorante á las mismas palabras que uno y otro profieren; por consiguiente las costumbres y el genio dan mucha luz para entender algunos lugares. Del mismo modo se discurre de las costumbres de la nacion del autor ó de su escuela, pues las frases son tan diversas como los paises, y de las costumbres de las naciones depende la diversa inteligencia de las frases.

EUG. — Nunca creí yo que se requería tanto para entender un libro, ademas de saber la lengua en que estaba escrito.

SILV. — A veces ni todas estas diligencias bastan para alcanzar el verdadero sentido de algunos lugares oscuros.

TEOD. — La segunda regla da mas luz, y es: *No se deben tomar las palabras desnudas y separadas del contesto y sistema del escritor, sino que se debe atender á todo el sistema y principios de que el escri-*

⁴ Ciceron, de *Invention*, lib. II, c. IV, Grotio, Puffendorf y otros.

tor se vale (proposicion cincuenta y dos). Esta regla redime de una pésima reputacion á muchos escritores, porque algunos espíritus turbulentos, tomando sus palabras y sentencias divididas de todo el contesto de la obra, sentencian á los autores sin piedad ni justicia. ¿Qué injurias no ha padecido el gran Newton, Descartes, Wolff y Leibnitz por haberseles leído sin esta precaucion? Pero tengo por cierto que quien los leyere con atencion, si no los siguiere, que eso es arbitrario, siempre formará de ellos otro concepto mas honorífico. De esta regla nace como corolario otro aditamento, que viene á ser: *No debemos interpretar el sentido del autor, arreglándonos á nuestras opiniones, sino á las de él, ni yendo ya de propósito, suponiendo que sigue ó que impugna nuestro partido, sino que hemos de entrar en el examen de su opinion con una total indiferencia* (proposicion cincuenta y tres). Porque de otra suerte nuestra preocupacion nos engañará. Contra este dictamen peca casi todo el mundo, principalmente los que estan adictos á alguna escuela: todos hallan lo que quieren en las palabras del maestro á quien interpretan. Acuérdomme de que un profesor de filosofía aquí en la corte (era de los peripatéticos) decia que nunca habia abierto á Aristóteles que no hubiese hallado fácilmente con que probar las opiniones que queria establecer.

SILV. — Ese era defecto de la persona, y no nacia de ser peripatético.

TEOD. — Ni yo lo digo por eso: donde este defecto es mas comun y mas perjudicial y abominable es en la inteligencia de los libros sagrados. Los

predicadores ¿qué violencia no hacian á la santa Escritura? Hácenla decir cosas que nunca el Espíritu Santo dijo ni podia decir; y lo mas intolerable es que este sacrílego abuso se practicó pública é impunemente, y aun á veces fue recibido con aplauso. Llegué á oír cierto predicador de los que llaman buenos, el cual todo cuanto queria hallaba en los libros santos, *que quien mejor predicaba mas mentia*. Este hombre blasfemo, que se servia del oráculo del Espíritu Santo para instrumento de la mentira, estaba en la persuasion de que predicar bien es decir cosas nuevas é impensadas que esciten la admiracion de los oyentes. Sea el Señor bendito, que ya veo en nuestra corte casi desterrada esta peste.

EUG. — Muchacho era yo, y bien poco escrupuloso, y con todo eso no gustaba de esos sermones que decís.

TEOD. — Todos esos hombres pecaban en la inteligencia de los libros sagrados, porque tomaban las palabras santas separadas del contexto, y á veces las truncaban maliciosamente. Otros las esplicaban por la opinion particular de sus fantasías. ¡Válgame Dios, cuánta afliccion me causa! Dejemos eso.

EUG. — No os altereis: id continuando con las reglas para la buena inteligencia de cualquier escritor.

TEOD. — La tercera regla es esta: *Las palabras del autor deben tomarse en el sentido mas obvio y literal, excepto si ese sentido fuere absurdo ó contra las reglas precedentes* (proposicion cincuenta y cuatro). La razon es, porque todo hombre habla comun-

mente en el sentido natural y obvio; y si es hombre serio, cuando habla por énfasis, ó ironía ó figura, siempre lo da á entender en el contesto, ó se cõlije de las circunstancias. Y tambien si el sentido natural es claramente absurdo, eso mismo es indicio mãs que suficiente para que conozcamos que habló en sentido metafórico ó por ironía. Contra esta regla pecan muchos hereges, los cuales á las palabras claras de la sagrada Escritura, que contienen espresamente los dogmas de la fe católica romana, dan inteligencia figurada y metafórica. Esto hacen los calvinistas negando la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia; siendo así que el Señor espresamente dijo *este es mi cuerpo*; y añadió, que era el cuerpo que habia de ser crucificado.

SILV. — Tal fue tambien la interpretacion de Cleomanes, si mal no me acuerdo, cuando ajustadas treguas con los griegos por algunos dias, antes que estas se acabasen los acometió una noche; y hallándolos descuidados, los desbarató, dando despues la ridícula disculpa de que él habia hecho treguas por tantos dias y no por las noches, y que así no habia faltado á la palabra.

EUG. — Esa es cosa indigna de un hombre serio.

TEOD. — Decís bien: porque sin duda todo el mundo habia de creer que él hablaba como hablan los otros hombres, dando á aquellas palabras el sentido ordinario, tomando por veinte dias veinte círculos perfectos del sol, cada uno en el espacio de veinte y cuatro horas.

SILV. — De este dictamen bien clara es la razon.

TEOD. — Añado otra regla, que es la cuarta: *cuando en el escritor se hallan opiniones opuestas, debemirarse si de intento mudó de parecer; y siendo así debemos seguir el último; pero si no se conoce ánimo espreso de haber mudado de opinion, hemos de ver en donde habló de la materia mas de propósito, y este lugar debe preferirse á aquellos donde habló de paso, de suerte, que comparando entre sí todos los lugares en que habló de la materia, deben ser preferidos los mas claros, los mas de propósito ó mas repelidos, y los mas bien fundados* (preposicion cincuenta y cinco). De todo esto es clara la razon; porque un hombre no dice cosas encontradas, sino ó porque muda de opinion, y entonces debe seguirse la última, ó por descuido, y este no se presume donde el autor trata el asunto mas de propósito, ni tampoco cuando lo repite muchas veces, ni cuando se funda en razones que él admite, y no solamente las toca como ajenas; y por consiguiente debe presumirse que en estós lugares espuso seriamente su pensamiento.

SILV. — Pero á veces nada de esto basta por ser muy oscuro el sentido del escritor, lo cual especialmente sucede en las leyes, segun lo oigo decir á algunos ministros.

TEOD. — Para eso se da otra regla que es la quinta, y viene á ser: *cuando el sentido es dudoso ú oscuro debe interpretarse por conjetura, y esta debe fundarse sobre tres cosas, que son la materia, las circunstancias y el fin* (proposicion cincuenta y seis). En las leyes éste es el mejor modo de conocer la mente ó intencion del legislador, cuando las pa-

labras son ambiguas, y el sentido está dudoso. Para explicar menudamente este punto era preciso hacer sobre él una disertacion particular; pero basta haberos dado unas semillas de la verdad, de las cuales os podeis servir en la práctica, cuando os fuere preciso, cultivándolas para que os rindan fruto. Ahora por conclusion de la materia y de la conferencia de hoy os digo, que en lo que toca á la perfecta inteligencia de la sagrada Escritura, especialmente en los dogmas de fe, debemos con toda sumision sujetar el juicio á nuestra santa madre la Iglesia, á quien sabemos que Jesucristo con palabras claras, sinceras y repetidas prometió una perfecta asistencia del Espíritu Santo para que no caiga en error. Y vamos á hablar con un vecino que llegó de Inglaterra cuando estábamos para comenzar la conferencia, y pide la buena politica que le vayamos á visitar y saber de él algunas novedades.

SILV. — Vamos que bastante dilatada fue su ausencia.

EUG. — Yo no le conozco; pero aprecio esta ocasion de conocerle.



TARDE CUADRAGÉSIMAQUINTA.

DEL BUEN USO DE NUESTRAS IDEAS.

§ I.

Del examen que se debe hacer de nuestras ideas antes que sobre ellas formemos algun juicio, donde se trata de las definiciones de nombre.

SILV. — Vengo enfadado, y tambien tarde: ya debia haber venido gran rato há, porque bien veia que habia llegado la hora de la conferencia; pero el empeño que tomé de ver decidir una cuestion que se suscitó delante de mí me detuvo hasta ahora, aguardando á ver el fin, y no lo conseguí; porque los que disputaban lo mismo quedaban diciendo ahora cuando me vine que habian dicho al principio de la disputa.

TEOD. — No os admireis que esa es cosa que sucede muy á menudo; y por mas que dure una de estas altercaciones, por lo comun al fin no se conoce cuál quedó vencido ni cuál vencedor, asiéndose ca-